



EL HADO Y LAS PARCAS



Cloto

Láquesis

Átropos

EN todo el *Quijote*, sólo una vez se menciona a las Parcas. Sucede en *dQ2-38*, cuando ante los Duques, don Quijote y Sancho se presenta la Dueña Dolorida para solicitar a nuestro caballero que viaje al reino de Candaya y dé muerte al gigante Malambruno:

Del famoso reino de Candaya, que cae entre la gran Trapobana y el mar del Sur, dos leguas más allá del cabo Comorín, fue señora la reina doña Maguncia, viuda del rey Archipiela, su señor y marido, de cuyo matrimonio tuvieron y procrearon a la infanta Antonomasia, heredera del reino, la cual dicha infanta Antonomasia se crió y creció debajo de mi tutela y doctrina, por ser yo la más antigua y la más principal dueña de su madre. Sucedió, pues, que yendo días y viniendo días, la niña Antonomasia llegó a edad de catorce años, con tan gran perfección de hermosura, que no la pudo subir más de punto la Naturaleza... Así era discreta como bella, y era la más bella del mundo; y lo es, si ya los Hados invidiosos y las Parcas endurecidas no la han cortado la estambre de la vida.

Nona, Décima y Morta (las Parcas de la Mitología romana) eran deidades equivalentes a las Moiras de los griegos. Éstas eran tres, Cloto, Láquesis y Átropos, y controlaban la duración de las vidas de los hombres. Según la tradición griega, las Moiras se aparecían unos días después del nacimiento y se las representaba como tres hilanderas: Cloto, con su rueca y huso, hilaba la hebra de la vida; Láquesis la devanaba y medía, y finalmente Átropos la cortaba. A veces se las representaba como mujeres jóvenes, especialmente a Cloto y Láquesis, pero Átropos ('la Parca' por antonomasia) solía tener apariencia decrepita. En la imagen de arriba, la vieja Átropos emplea sus dientes; en otros casos usa un cuchillo o unas tijeras, lo cual recordará al lector la tópica

representación de la Muerte: un ser cadavérico que porta una guadaña, y a veces un reloj de arena en la otra mano.

El papel de las Moiras tenía similitud con el del Hado, si bien éste determinaba caprichosamente el inexorable destino de cada hombre, sus vicisitudes. En otras palabras: por más que las Moiras fuesen generosas con la duración de la vida de un hombre, ¿qué importaba, si el Hado le destinaba a llevar una vida plagada de desdichas? Por ello decía Silerio en *La Galatea*:

No sé si os diga que holgara que me hubiera negado el Cielo la ventura de haberlas conocido, especialmente a Nísida, principio y fin de toda mi desdicha. Pero, ¿qué puedo hacer, si lo que los Hados tienen ordenado no puede por discursos humanos estorbarse?

Y don Quijote desengañó a la casquivana Altisidora con estas palabras:

Muchas veces os he dicho, señora, que a mí me pesa de que hayáis colocado en mí vuestros pensamientos... Yo nací para ser de Dulcinea del Toboso, y los Hados, si los hubiera, me dedicaron para ella, y pensar que otra alguna hermosura ha de ocupar el lugar que en mi alma tiene es pensar lo imposible. (*dQ2-70*)

Por cierto, Cervantes usó preferentemente «el Hado» en sus obras (27 casos, contra 11 de «los Hados»). En el *Quijote*, siempre se lee «los Hados» (4 casos en *dQ2*).

Enrique Suárez Figaredo
Sociedad Cervantina de Alcázar de San Juan